



LNR Semanario

La Nueva República



Mike Hammer. Embajada de USA en La Habana

Embajada de USA

Nuestro más sentido agradecimiento

A menudo las palabras de ánimo sirven de inspiración y marcan la diferencia, así se sintió el mensaje de felicitación de la Embajada de Estados Unidos para los cubanos. Sus sinceras muestras de interés y buenos deseos han llegado a lo más profundo de nuestros corazones, así como el esfuerzo y la entrega que ha mostrado Mike Hamer durante su labor como Jefe de Misión acercándose al pueblo cubano, caminando en sus calles y escuchando sus historias de dolor y carencias, así como sus anhelos de libertad.

Agradecemos sinceramente sus palabras de apoyo, estas muestras de solidaridad significan mucho y nos hacen sentir que no estamos solos en nuestra lucha contra un régimen que nos asfixia y nos priva de nuestras libertades y derechos más fundamentales.

Tal como el pueblo iraní que resiste en las calles contra un régimen despiadado y extremista, o la comunidad cristiana en África masacrada por el solo hecho de representar una minoría y pensar diferente, el pueblo de Cuba necesita hoy más que nunca el apoyo internacional, es fácil caer en la desesperanza cuando se está solo en la lucha, pero mensajes como este nos dan esperanza sobre todo nos recuerdan que no estamos solos.



Laura Labrada Pollán. Presidenta del CID

America 250

Una conmemoración que trasciende fronteras y habla a los pueblos sin libertad

Estimado Mike Hammer,
Encargado de Negocios y jefe de la misión diplomática de los Estados Unidos en La Habana:

Me siento profundamente honrada de poder compartir con ustedes una conmemoración tan significativa, no solo para los ciudadanos de Estados Unidos, sino también para todos aquellos pueblos que aún viven sin libertad en el mundo, entre ellos nosotros, los cubanos.

La celebración de America 250, al conmemorar los 250 años de la independencia de los Estados Unidos, no representa únicamente una fecha histórica o un acto de memoria nacional. Representa, sobre todo, la vigencia de una idea universal: que la soberanía reside en los ciudadanos y que la protesta frente a la autoridad legítima no es una amenaza al orden democrático, sino uno de sus fundamentos esenciales.

Estados Unidos no solo nació de un acto de desobediencia civil y protesta organizada; ha logrado sobrevivir durante dos siglos y medio porque convirtió ese impulso fundacional en un derecho protegido por la ley. Institucionalizó la protesta, la crítica y la disidencia como mecanismos de corrección y renovación del sistema, y no como delitos contra el Estado.

La independencia de Estados Unidos no se logró en aislamiento: se selló con el apoyo decisivo de recursos, soldados y de la flota francesa, así como con la participación de figuras como el marqués de Lafayette, quien sirvió junto al Ejército Continental y bajo el mando de George Washington, convencido de que respaldar una causa justa no constituía una injerencia ilegítima, sino un acto de solidaridad con un pueblo que reclamaba sus derechos.

La historia registra, además, que una parte decisiva del financiamiento de la campaña final por la independencia estadounidense provino de La Habana, desde donde se recaudaron y enviaron los fondos que hicieron posible sostener la operación militar que culminó en Yorktown. Este hecho establece un vínculo histórico profundo entre Cuba y el nacimiento de la república estadounidense.

Para quienes vivimos bajo un sistema que criminaliza la protesta y castiga el pensamiento independiente, America 250 no es una celebración ajena. Es una referencia moral y política. Es la prueba de que las repúblicas no se destruyen cuando los ciudadanos protestan, sino cuando se les prohíbe hacerlo.

Con respeto y esperanza,



Mirage. Ilustración.

El petróleo que no se manda... pero se puede mandar

En la política latinoamericana hay discursos que aclaran, discursos que confunden, y discursos que parecen escritos por Cantinflas. El caso del petróleo mexicano hacia Cuba pertenece claramente a esta última categoría: un enredo soberano donde nadie decide, pero todos pueden decidir; donde no se envía, pero se puede enviar; y donde la responsabilidad siempre cae en otro, aunque ese otro sea uno mismo.

Mire usted, pueblo querido, porque aquí lo que pasa es que sí, pero no, y no, pero sí, porque Pemex es muy soberano, tan soberano que decide soberanamente lo que el gobierno soberanamente no decide, aunque el gobierno sí puede decidirlo, porque tiene la prerrogativa, pero no la usa, salvo que la use, y entonces ahí sí es prerrogativa.

Porque una cosa es suspender envíos, que no es suspensión, sino una decisión técnica, pero tampoco es técnica, porque es soberana, aunque Pemex sea del Estado, pero no es el Estado, aunque el Estado sí es Pemex, pero

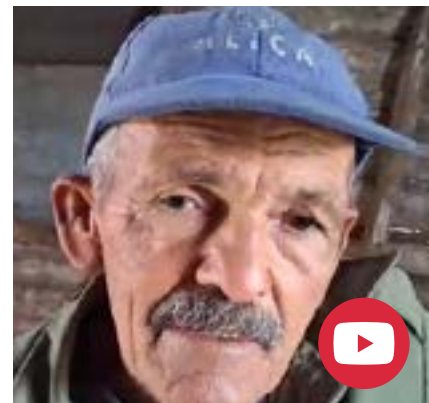
Pemex no es el gobierno, aunque el gobierno pueda mandar a Pemex a mandar, pero sin mandarlo.

Y Cuba, pues mire, no es que se le mande petróleo, pero si se le manda, no es petróleo, es humanidad, y si se vende, no es ayuda, es comercio, y si se regala, no es regalo, es solidaridad, y si se suspende, no es suspensión, es autonomía energética con sensibilidad internacional.

Así que no se manda... pero se puede mandar... y si se manda, no se manda... y si no se manda, tampoco es que no se mande.

Porque al final, lo importante es que México siempre hace lo que hace, aunque no lo haga, pero con la posibilidad soberana de hacerlo, por razones humanitarias, comerciales, políticas, históricas, energéticas, revolucionarias o de cualquier otra clase.

¿Quedó claro? Porque si quedó claro, entonces no me explique.



Rafael García García.

Excombatiente internacionalista es abandonado a su suerte

Rafael García García ha presentado numerosos reclamos pero hasta el momento han sido ignorados. El no es una persona cualquiera: fue combatiente internacionalista en Angola y arriesgó su vida durante los mejores años de su juventud. Por su entrega, fue condecorado con numerosas medallas y reconocimientos oficiales. Él considera que sirvió con honor y sacrificio a la Revolución.

Hoy, sin embargo, Rafael se encuentra enfrentando una situación muy difícil. Tiene serios problemas de salud, vive en condiciones complicadas de vivienda y atraviesa una situación económica precaria solo recibe aproximadamente 5000 pesos mensuales -equivalen a \$US 10 dólares al mes.

Lo que más le duele es que no entiende cómo, después de haber recibido una ayuda o beneficio como combatiente, y tras haberse le aprobado un aumento dentro del nuevo orden económico, ocurrió lo contrario: en vez de mejorar su situación, sus recursos fueron reducidos mediante un desglose o recorte que lo dejó en una condición de vulnerabilidad.

Por ello, pide que su caso sea valorado con seriedad y respeto, y que se le brinde una solución adecuada, justa y humana, acorde con su trayectoria y con las necesidades urgentes que enfrenta en la actualidad.



Por Infocid



China ha acusado a su general de más alto rango, Zhang Youxia, de haber filtrado secretos nucleares a Estados Unidos

Xi Jinping cruza el umbral que Putin ya cruzó

La caída del general Zhang Youxia no es una purga anticorrupción más, sino una señal política de primer orden sobre la evolución del poder en China. Zhang no era un funcionario cualquiera: “príncipe rojo”, veterano de combate real, figura central en la reforma del Ejército Popular de Liberación y durante años considerado el hombre de mayor confianza de Xi Jinping en las fuerzas armadas. Si alguien parecía intocable, era él.

Xi podía jubilarlo discretamente o apartarlo con honores. Eligió, en cambio, exponerlo públicamente y acusarlo implícitamente de deslealtad. El mensaje interno fue inequívoco: ni siquiera los aliados históricos están a salvo. Ese gesto marca un punto de inflexión. No es limpieza institucional; es consolidación de poder personal.

El lenguaje utilizado por la prensa militar china es revelador. Zhang habría “pisoteado la autoridad del presidente militar” y “socavado el liderazgo absoluto del Partido sobre el ejército”. En el sistema chino, la corrupción suele ser un pretexto. La acusación real es política: desafiar la autoridad personal de Xi Jinping.

Aquí surge el inquietante paralelo con Rusia. Vladimir Putin también eliminó, uno a

uno, a los hombres capaces de contradecirlo. El resultado fue un sistema donde la lealtad sustituyó a la competencia y el miedo reemplazó al análisis honesto. La guerra de Ucrania no fue solo un error militar, sino el producto de ese deterioro interno.

Zhang Youxia era uno de los pocos altos mandos chinos con experiencia real de combate y capacidad para evaluar con sobriedad los costos de una guerra, especialmente en un escenario tan delicado como Taiwán. Al eliminar figuras así, Xi no fortalece al Estado: empobrece su sistema de decisión y se rodea de oficiales más dependientes y menos dispuestos a decir verdades incómodas.

Este episodio no trata realmente de Zhang Youxia. Trata de Xi Jinping y de una verdad histórica incómoda: cuando un líder deja de confiar incluso en quienes lo ayudaron a llegar al poder, no consolida el sistema; entra en una fase de rigidez peligrosa. China sigue siendo una gran potencia, pero los mayores errores suelen cometerlos los déspotas aislados de la realidad.

Por Infocid

Por Roxana Rodríguez



Director de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, John Ratcliffe,

¿Hasta la última gota de qué?

Perreta, llanto y miedo de Díaz-Canel.

Recientemente, el director de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, John Ratcliffe, viajó a Caracas para reunirse con Delcy Rodríguez, presidenta interina de Venezuela. Que nadie se engañe: un jefe de la CIA no hace turismo diplomático ni visitas protocolares. La CIA no está para “mejorar relaciones bilaterales”. Está para dirigir operaciones, consolidar transiciones, asegurar control y transmitir instrucciones.

Esa reunión fue una demostración brutal de confianza. Washington no envía a su máximo jefe de inteligencia a conversar con alguien irrelevante. Ratcliffe fue porque Delcy es hoy un instrumento estratégico del nuevo orden venezolano. La idea de que ella pactó desde hace tiempo la entrega de Maduro no es conspiración: es lógica política.

Días después de esa visita, Miguel Díaz-Canel anunció que había llamado a Delcy Rodríguez para expresarle “solidaridad bolivariana” y denunciar la captura de Maduro. Una escena absurda. Delcy no está protestando por Maduro. No está llorando por el chavismo. Está trabajando con quienes lo desmontaron.

Por eso la llamada solo tiene sentido bajo una interpretación: Díaz-Canel no llamó a Delcy. Llamó a Washington usando a Delcy como canal. Canel sabe que perdió el cordón umbilical que alimentó al castrismo durante dos décadas: petróleo, dinero y control regional. Y sabe también que sus gritos de “hasta la última gota de sangre” son teatro vacío.

La pregunta real no es qué le dijo a Delcy.

La pregunta es: ¿qué le pidió Díaz-Canel a la CIA?

Porque está claro que la última gota no será de sangre. Será de otra cosa.

Por Roxana Rodríguez, Secretaria de Relaciones Internacionales del CID



Donald Trump en la refinería Andeavor (Dakota del Norte) en 2017. Fuente: Casa Blanca (Picryl)

Donald trump y el control global de la energía

A enero de 2026, la aprobación de Donald Trump se sitúa entre el 41 % y el 42 %, colocándolo claramente dentro de la franja histórica de vulnerabilidad política que, de forma consistente, ha precedido derrotas en las elecciones de medio término para varios presidentes de Estados Unidos. En las últimas dos décadas, niveles de aprobación similares anticiparon pérdidas significativas de poder legislativo: George W. Bush en 2006, Barack Obama en 2014, el propio Trump en 2018 y Joe Biden en 2022. Todos ellos llegaron a los comicios con apoyos en el rango bajo o medio del 40 % y terminaron perdiendo terreno en el Congreso.

Lo que resulta llamativo —y casi contraintuitivo— en el caso de Trump es su capacidad para mantener niveles de aprobación comparables a los de presidentes más convencionales, pese a la intensidad, visibilidad y naturaleza confrontacional de las políticas desplegadas durante su primer año de regreso al poder. Tanto en el plano interno como en el internacional, su administración ha apostado por rupturas abiertas con normas establecidas, una diplomacia abiertamente transaccional y decisiones estratégicas altamente controvertidas. En este contexto, la lógica tradicional apunta a una erosión del capital político de cara a las elecciones de medio término, con la consiguiente posibilidad de perder el control de una o ambas cámaras del Congreso.

Sin embargo, Trump podría estar posicionándose para lograr un resultado geopolítico de alto impacto capaz de alterar ese guion.

Uno de esos resultados sería una expansión decisiva de la influencia estadounidense sobre los flujos energéticos globales. Bajo una alineación favorable de circunstancias, Washington podría llegar a ejercer un control directo o indirecto sobre una parte sustancial del petróleo y otros líquidos energéticos del planeta, potencialmente cercana a dos tercios de las reservas y la producción estratégicamente relevantes. Alcanzar ese nivel de influencia no requeriría una conquista militar, sino una transformación política en un solo país clave: Irán.

Trump no tendría que invadir Irán. El régimen

atraviesa actualmente su crisis interna más profunda en décadas. Protestas prolongadas a nivel nacional —reprimidas con extrema violencia y con miles de muertos según organizaciones de derechos humanos— han puesto al descubierto profundas fracturas dentro de la República Islámica. Las declaraciones públicas de Trump alentando a los manifestantes a mantenerse en las calles, junto con promesas de apoyo futuro por parte de su gobierno, crean un compromiso político difícil de ignorar. Al mismo tiempo, la cúpula clerical sigue siendo el principal patrocinador estatal del terrorismo en el mundo, mientras enfrenta un colapso económico sin precedentes, un aislamiento diplomático creciente y reveses estratégicos cada vez más visibles.

De forma significativa, incluso figuras tradicionalmente asociadas al intervencionismo duro han comenzado a plantear vías alternativas. John Bolton, ex asesor de Seguridad Nacional y frecuente crítico de Trump, ha señalado que el momento para un cambio en Irán es propicio, aunque no mediante exigencias de rendición incondicional. En su lugar, Bolton y otros analistas han sugerido una salida transaccional para las élites militares y de seguridad iraníes: preservación del Estado iraní, levantamiento gradual de sanciones, reintegración económica y reconocimiento internacional, a cambio de la neutralización política de la teocracia.

Tras años de sanciones, derrotas indirectas, humillaciones estratégicas y deterioro económico, sectores relevantes del liderazgo militar iraní —incluidos elementos pragmáticos dentro del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica— son conscientes de que la continuidad del poder clerical conduce a un callejón sin salida: aislamiento permanente, mayor vulnerabilidad frente a Israel, dependencia creciente de Rusia y China y un riesgo personal elevado si el régimen colapsa de forma incontrolada.

Si Irán llegara a realinearse con Estados Unidos, las consecuencias geopolíticas serían inéditas en la historia moderna. Tal giro dismantalaría décadas de hostilidad estructural, expulsaría la influencia rusa y china de uno de los nodos estratégicos más

sensibles del planeta y contribuiría a consolidar una nueva arquitectura energética global que integraría a Estados Unidos, Venezuela, Medio Oriente y Europa dentro de un mismo marco estratégico.

Este enfoque no es teórico ni carece de precedentes. Venezuela ofrece un ejemplo claro de cómo Estados Unidos puede obtener ventajas estratégicas enormes a un costo relativamente bajo. Sin una invasión prolongada ni una ocupación clásica, Washington ha logrado condicionar de forma decisiva el sector petrolero venezolano —el mayor del mundo en reservas probadas—, regulando sus exportaciones, controlando el acceso a los ingresos y determinando qué actores pueden operar dentro del sistema. Mientras tanto, el régimen autoritario en Caracas sobrevive dentro de márgenes cada vez más estrechos, dependiente de licencias, exenciones y tolerancia política por parte de Estados Unidos.

Tanto en Venezuela como en un eventual Irán post-teocrático, la estrategia adquiere legitimidad política y moral si el beneficiario final es la población. En el caso venezolano, el objetivo declarado de Washington ha sido que cualquier reactivación del sector petrolero, bajo supervisión y reglas claras, se traduzca en recuperación económica, estabilidad y una transición democrática real.

Si este esquema llegara a materializarse, Trump no solo alteraría el equilibrio energético mundial. Demostraría que es posible ejercer poder global sin guerras de ocupación, sin reconstrucciones interminables y sin los costos humanos y políticos que han marcado a administraciones anteriores. En ese escenario, la verdadera victoria no sería meramente táctica o electoral, sino histórica: convertir el control de la energía en el principal instrumento de poder del siglo XXI, debilitar a los adversarios de Estados Unidos y crear condiciones reales de salida del autoritarismo para sociedades atrapadas durante décadas bajo regímenes represivos.

Más allá de simpatías o rechazos personales hacia Donald Trump, un resultado de esta magnitud definiría de forma decisiva su legado y la estructura del poder global en las próximas décadas.